

Historia y ficción en *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama

“¿Qué le hace una raya más a un tigre?”

(Proverbio Santandereano)

James J. Alstrum

Illinois State University

Es bien sabido que la narrativa histórica y el relato ficticio tienen mucho en común en cuanto a su carácter secuencial y cómo logran captar el interés del lector. Por eso, en su única novela, *La otra raya del tigre* (1977), Pedro Gómez Valderrama (1923-1992), a quien le fascinaba siempre la historia y la integraba a sus cuentos, juega con la secuencia narrativa e intercala comentarios ensayísticos expresados por la voz narrativa llamada el abuelo juntos con una serie de anécdotas entre reales e inverosímiles para contar la biografía imaginaria del legendario inmigrante alemán Geo von Lengerke (1827-1882), aclamado por algunos como impulsor dinámico del progreso regional o condenado por otros como explotador desalmado de los más vulnerables durante la segunda mitad del siglo XIX en el Estado Soberano de Santander. El mismo Gómez Valderrama reconoció la deuda que tenía con la historia como estímulo principal de su creatividad literaria al declarar en una ocasión:

Lo que me pasa y me ha pasado siempre es que encuentro una fascinación en la historia: en los claros que quedan de la reconstrucción histórica, los vacíos, entonces por ahí es por donde me meto, por donde encuentro un vacío, pues ése es el punto donde se puede construir algo con base en los elementos que da la historia, una escena, un encuentro, en fin [...] las cosas que sucedieron, o que si sucedieron no se contaron. (García Londoño, “Los vacíos que deja la historia,” para. 5).

Así pues, para Gómez Valderrama, tanto en sus cuentos como en su única novela, el papel esencial del autor de ficciones consiste en llenar los vacíos dejados por los historiadores.

Ahora bien, Gómez Valderrama presenta a grandes rasgos en su novela todo lo conocido sobre la vida del famoso empresario alemán Lengerke pero sin dejar de tomar muchas libertades con la historia. Por ejemplo, en el primer capítulo de la novela, el narrador describe con un lujo de detalles la primera entrada al interior colombiano por Lengerke en 1852 navegando por el río Magdalena aunque no es nada cierto que el alemán haya llegado así primero a Bogotá y luego a Bucaramanga de esta manera. Lo que sí es innegable es que a lo largo de la historia colombiana desde la época colonial, el río Magdalena ha sido el puente geográfico entre la costa atlántica y el interior del país y la vía central de penetración y transporte tanto por conquistadores como colonizadores de la nación. Después de llegar a Bucaramanga, Lengerke va a asumir la doble aura de conquistador y colonizador en los negocios y con las mujeres. Además, en algunos párrafos de comentarios entre paréntesis del mismo capítulo, se describe el río como el reino del caimán que consume carne humana mientras que la tierra prometida se evoca como si fuera la zona sometida al dominio del tigre. Al final de un extenso comentario parentético, el narrador observa “Hay el reino del caimán, el reino del tigre, y los hombres quieren construir en sus ruinas el reino del hombre sobre el hombre, el reino del odio y la injusticia” (Gómez Valderrama, 14).

De aquí en adelante, entre más se identifica Lengerke con las tierras y el pueblo de Santander lo asocia también en varias ocasiones con el dicho popular santandereano sobre el tigre. Por ejemplo, a principios del cuarto capítulo de la novela que se trata de la iniciativa tomada por Lengerke al construir caminos de enlace entre el interior de Santander y la ruta comercial al exterior por medio del río Magdalena, el narrador alude al famoso proverbio santandereano acerca del tigre al declarar:

El se rió y dijo que había soñado los caminos, que eran como rayas de tigre, como nuevas rayas que se le iban sumando a su piel, y que por alguna razón misteriosa el sentía como era eso de los caminos, y el impulso de abrirlos, los veía antes de trazarlos...sabía de alguna manera por donde debía orientarse sus rayas (Gómez Valderrama, 77).

Tal identificación metafórica de Lengerke con el proverbial tigre santandereano le dota mayor carácter legendario y mítico a este personaje histórico y se reitera en otras partes de la novela que

coincide con algunos de los eventos cruciales en la vida del alemán después de arraigarse en Santander y aprovecharse de la ideología liberal basada en el federalismo para consolidar su imperio feudal y comercial en este departamento con monopolios sobre la importación de artículos europeos de lujo y exportación exclusiva del tabaco, los sombreros y últimamente de la quina, gracias al apoyo incondicional de su aliado político el caudillo liberal, el general Solón Wilches (1835-1893). En el penúltimo capítulo de la novela (es decir el séptimo), se refiere de nuevo al dicho popular sobre el tigre cuando Lengerke hace su esfuerzo final para conservar su imperio de monopolios sobre los caminos contra la invasión de sus territorios exclusivos por su rival Manuel Cortissoz, el judío curazaleño, quien se había hecho aliado político del Presidente Rafael Nuñez (1825-1894) y los conservadores. Así leemos “todos sonrieron, aliviados: ¿qué le hace una raya más a un tigre? Se afrontaría la guerra...Era la guerra, sería la guerra. Era el poder federal contra el Estado Soberano” (Gómez Valderrama, 254-55). Finalmente, en el último capítulo de la novela que trata de la agonía, la muerte y la derrota definitiva de Lengerke, quien fallece en su castillo llamado Montebello en Zapatoca a causa de su alcoholismo y ruina financiera con el desplome del valor de la quina en el mercado internacional, su amigo el Padre Alameda lo llama un utopista y alude de nuevo al proverbio del tigre al resumir el sentido de su vida diciendo “Utopía. Pero quedaron vivos como arterias, como rayas de la piel del tigre, los caminos que llevaron a él” (Gómez Valderrama, 296).

Entonces, no nos debe sorprender que la biografía más reciente de Lengerke del historiador Alvaro Pablo Ortiz se titule *Geo von Lengerke: constructor de caminos* (2008) y curiosamente él cita reiteradas veces la novela de Gómez Valderamma en el texto y las notas de pie de su libro como una de sus fuentes principales de información. En su introducción al libro entero, Ortiz reconoce y alaba su deuda al autor de ficciones históricas al recalcar lo siguiente:

Gómez Valderrama logró un formidable equilibrio en su novela “La otra raya del tigre” entre la historia y la ficción, al punto que ambas, como si de hermanos siameses se tratara, quedaron férreamente unidas. Esto para no hablar del poder descriptivo advertido en cada página del texto de la recreación que hace del protagonista central, Geo von Lengerke ubicado, asumido, proyectado y perfilado desde un manejo circular del tiempo,

en donde el pasado es un eterno presente, hasta hacerle sentir al lector sensible e imaginativo, que Lengerke no ha muerto (19).

En sus conclusiones, Ortiz cita la novela de Gómez Valderrama para subrayar el hecho de que fue Lengerke quien encabezó y animó la emigración masiva de los alemanes a Santander a mediados del siglo XIX después de establecer sus almacenes comerciales en Bucaramanga y Zapatoca:

El abuelo ve pasar la cabalgata de rubios tudescos, los ve rebasar las vegas de Girón y comprometerse en el descenso hacia el Suárez. El grupo canta, van todos con las carabinas en bandolera, con revólveres al cinto, y algunos con instrumentos musicales. Varios traen esas mujeres altas, de largos huesos, de cabello pajizo, de nostálgico mirar azul, pero los más se proveerán de lo que da la tierra; no una sino muchas veces han y correrán peligro por la mujer del prójimo (58).

El abuelo mencionado aquí, quien es al mismo tiempo la voz narrativa y fuente principal de información histórica y testimonial sobre Lengerke a lo largo de la novela de Gómez Valderrama, resulta ser el verdadero abuelo del autor. En una entrevista publicada después de su muerte, Gómez Valderrama reconfirmó este parentesco, el cual ya se había revelado en las últimas páginas de la novela. En la entrevista el escritor santandereano declaró:

En realidad, el escritor es un coleccionista de recuerdos. Naturalmente, en el caso de “La otra raya del tigre”, son vivencias, que quedaron muy impresas en mí desde que era niño. Yo oía a mi padre que contaba de todas esas cosas, y, naturalmente se refería mucho a mi abuelo. Mi abuelo estuvo a punto de que lo fusilaran en Zapatoca, en una de las invasiones de los conservadores.... también desde luego, la tradición oral; mi padre, mis tías, las conversaciones de familia, todo eso iba aumentando el caudal y, naturalmente, completé mis materiales con estudios y con una serie de investigaciones (Vidal, 125).

En la novela, Gómez Valderrama menciona que Lengerke le salvó la vida al abuelo escondiéndolo entre las cavas de vino de su castillo en Zapatoca lo mismo que cuenta que había hecho por igual a conservadores y liberales que le pedían socorro durante las guerras civiles

incesantes. Luego, en las últimas páginas de la novela, leemos lo siguiente con toques de metaficción:

Yo tengo, decía mi padre, que escribir esa novela; es una novela donde recogeré lo que fue Santander, lo que fue mi padre, todo lo que a él le oí de Lengerke. El padre no pudo escribirla, la vida no le dejó, la muerte se encargó de impedirselo para siempre. Yo he comenzado a escribir la novela heredada, he luchado para llevarla a término (Gómez Valderrama, 306).

Es conveniente mencionar en este contexto que el padre del novelista fue Pedro Alejandro Gómez Naranjo (1892-1959), un famoso jurista y exgobernador de Santander nacido en Zapatoca.

Igual que su contemporáneo y colaborador de la revista *Mito*, Gabriel García Márquez (1927) en varias de sus novelas tales como *El coronel no tiene quien le escriba* (1961), *Cien años de soledad* (1967) y *Crónica de una muerte anunciada* (1981), Gómez Valderrama mete en su novela parientes y personas reales en contacto con personajes ficticios dentro de un marco lleno de acontecimientos verdaderos de la historia colombiana. Asimismo, de una manera parecida a lo que hizo García Márquez en su descripción hiperbólica de la matanza de los bananeros en 1927 que aparece en *Cien años de soledad*, Gómez Valderrama incluye a su héroe colombo-alemán en el incidente histórico del enfrentamiento sangriento entre los artesanos bumangueses y los comerciantes alemanes acaecido entre el 7 y 8 de septiembre de 1879 y llamado por el historiador Ortiz “dos días que estremecieron a Bucaramanga” (165-84). Como ha anotado Ortiz, cuando ocurrió este tiroteo violento entre los obreros pertenecientes a “la culebra pico de oro” y los socios alemanes del Club de Comercio de Bucaramanga durante el velorio del asesinado coronel conservador Obdulio Estévez, Lengerke no estaba presente porque se encontraba en su hacienda de Zapatoca. No obstante, el historiador comenta “nos resistimos, sin embargo, a aceptar que no estuvo de cuerpo presente en el lugar de los acontecimientos ” Y luego agrega “...Pedro Gómez Valderrama, tampoco soporta que Geo von Lengerke haya brillado por su ausencia, en un escenario que le permitía acrecentar su leyenda, reafirmando una vez más su fama de ‘arrecho’, de cojonudo, de macho bien bragado” (176-77). De nuevo, el his-

torizador cita el texto del novelista para sostener la presencia heroica de Lengerke como líder y defensor de la colonia alemana amenazada por los artesanos envidiosos de la riqueza y el poder de que disfrutaban ya los extranjeros recién llegados a Santander. En la descripción dada por el novelista que irónicamente parece ser más verdadera aunque ficticia de lo que realmente pasó, leemos lo siguiente:

El abuelo ve cómo las balas rasantes van limpiando la ciudad, dejándola sola, con miedo encerrado en los zaguanes. Lengerke está atrincherado en su almacén, acompañado de Strauch, Muller y Manuel Otero. En la zarabanda de la iglesia, salió al atrio al oír los primeros disparos; sin apresurarse les dijo a los demás alemanes que hicieran otro tanto; le parecía una locura combatir dentro de la iglesia, entre gritos de mujeres y revuelos de faldas. En el atrio, le atacaron tres mozos desconocidos, dos tiros le rozaron la cabeza roja. Alzó la mano y fríamente los puso fuera de combate, cada uno con una bala en el cuerpo. Alcanzó luego a evitar dos o tres desmanes de los democráticos; vio luego cómo ante la huída de los del Comercio, la pelea se desplazaba hacia las casas cercanas, y resolvió organizar un contraataque eficaz. Con sus dos compañeros cabalgó por las calles aterrorizadas, y se atrincheraron en el almacén (Gómez Valderrama, 230).

Semejante confluencia entre lo histórico y lo ficticio ha llevado al crítico chileno, Luis Correa-Díaz, quien más ha profundizado en la cuentística de Gómez Valderrama, a hacer hincapié en el carácter híbrido de la narrativa del colombiano y calificarla como “el arte de la conjetura histórica” en que narración se combina con el ensayo para interpretar y desmitificar el acontecer histórico (22, 24, 25). Correa-Díaz acierta también al observar que Gómez Valderrama es un maestro del cuento histórico y que su única novela “comenzó siendo un cuento, ‘El dios errante’ de la colección *La procesión de los ardientes* (1973)” (17). De hecho, este cuento se reproduce textual y completamente como el núcleo del cuarto capítulo o sea el central de toda la novela que relata cómo Lengerke inició la construcción de los caminos santandereanos de acceso al río Magdalena (90-96). Este cuento intercalado en el capítulo cuatro de la novela describe el largo viaje de un piano durante cinco años desde el puerto alemán de Hamburgo hasta que llega en 1857 al palacio de Lengerke llamado Montebello cerca de Zapatoca. Junto con el piano llega el cosmopolitismo alemán a enriquecer el ethos santandereano y el instrumento se describe como

si fuera una especie de buque fantasmal y peregrino-un reflejo alegórico de su dueño que crea caínos-el arquetipo universal de la vida y el destino. Antes de intercalar el cuento sobre el piano, Gómez Valderrama lo personifica e identifica con su dueño el protagonista de la novela de esta manera:

Dijo Lengerke, oyendo las primeras notas, en el amplio salón de Montebello, que aquel viaje parecía haber sido el suyo propio... En aquella cerrada tarde, volvió a vivir, lentamente, el curso de su viaje desde Europa, con todos sus azares, con la irresistible atracción que le transportara hasta estos improbables confines (90).

Queda más clara todavía la identificación de Lengerke con su piano en la descripción dada del instrumento musical en el cuento donde declara-

El piano estaba sobre la lancha como el protagonista insensible de una historia maravillosa, en la cual desfilaban las mujeres a quienes habían estremecido sus notas, aquéllas que se las habían arrancado con un impulso sexual trunco, aquéllas que habían sido apretujadas, acariciadas, besadas, sofaldadas y aún, caso insólito, aquélla que en una noche helada alemana, entre el desconsuelo de la nieve, había sido poseída y había gemido, y se había desesperado de voluptuosidad sobre la tapa muda del piano (91)

Luego, al final de esta misma sección del sobredicho capítulo de la novela en otro comentario ensayístico leemos:

Veinte hombres..., llegan a la puerta trayendo en su lomo un piano, el primero que se conoce en la región, el instrumento prodigioso, la caja de música de la civilización occidental, Mozart, Beethoven, Haydn, Brahms, Berlioz, todo contenido en un cajón de madera y unas manos. Sabemos de donde viene,...cómo durante años estuvo remontando el Río Magdalena, y sabemos que desde allí estos hombres han venido transportándolo durante años para llegar por fin y permitir que sus notas acuáticas se deslicen por el lomo de la noche caliente (95).

Además de ser la principal voz narrativa y fuente testimonial de datos históricos del cuento intercalado en el cuarto capítulo de la novela, el abuelo ofrece una serie de comentarios

de índole política en toda la obra que lo convierte, como lo ha anotado Darío Henao Restrepo, en la portavoz de “la utopía liberal” o la ideología radical del liberalismo colombiano del siglo XIX que apoyaba la Constitución de 1863, la cual, según el novelista francés Victor Hugo (1802-1885), se hizo para ángeles en lugar de hombres. Resume el abuelo la utopía liberal de Lengerke de esta manera en la novela:

Claro está, pensaba el abuelo acodado sobre una roca mirando a la distancia, para Lengerke el paraíso liberal, la libertad de comercio, la voluptuosidad de la iniciativa privada, renovaban un sueño interrumpido en Alemania, vuelto a crear y transformado en Santander, en los Estados Unidos de Colombia. De pronto, en estos años surgía la revuelta, pero se trabajaba. Parecía a veces que el camino de la guerra y el del progreso económico no tuvieran que ver entre sí (Gómez Valderrama, 199).

A su vez, otro emigrante alemán del siglo XX, el crítico Ernesto Volkening, observó en una de las primeras reseñas de *La otra raya del tigre* de Gómez Valderrama que “es entre otras cosas una novela política, quizás la más lograda de un género literario escasamente cultivado en Colombia” (320). De todas maneras, a lo largo de la novela como probablemente lo hizo en su vida, Lengerke supo aprovechar de las guerras civiles entre los liberales y los conservadores para salir con la suya y avanzar continuamente sus intereses creados económicos con el manejo diestro del ajedrez político. Por eso el abuelo comentó:

El alemán pasó las revoluciones imaginando los caminos. Pero dentro del cuadro de la guerra éstos fueron volviéndose parte del ajedrez. El alemán contemplaba el tablero...Pero, piensa el abuelo, la mayor frustración del alemán debió ser no ganar, él, una batalla propia, no lograr, con el movimiento de su mano vehemente el jaque al rey, y contemplar en cambio, cómo, a veces, los enemigos ponían en jaque a los reyes extranjeros (Gómez Valderrama, 199-200).

Sin lugar a dudas, lo que llama la atención al lector y unifica las anécdotas que podrían leerse a solas como cuentos autosuficientes, es la presencia de Lengerke, el protagonista central de toda esta novela histórica. A diferencia del relato histórico, la secuencia de eventos y mejor dicho aventuras en la vida azarosa del protagonista alemán en la novela no sigue un orden crono-

lógico. El carácter atractivo de este tenorio romántico y aventurero alemán refleja no solamente la turbulenta inestabilidad política de aquel tiempo en la historia de Colombia sino parece adaptarse naturalmente al genio del santandereano de mediados del siglo XIX. Así se presenta una saga de arriesgadas inversiones económicas alternadas con varios amoríos, retos y luchas violentas con antagonistas en los negocios e inclusive con los Yariguíes-los indígenas que emboscaban continuamente a los obreros y presos que construían el camino entre Zapatoca y Barrancabermeja e hicieron que Lengerke no pudiera cumplir nunca su contrato con el Estado Soberano de Santander. Entre las anécdotas de calidad cuentística se destaca la historia de la tercera esposa del cacique yariguíe Carlos llamada Elisenda y apodada la Libertad que había sido raptada por los indígenas a los quince años después del asesinato de sus padres españoles. Elisenda representa una especie embrujada de *femme fatale* exótica que combina como Lengerke una mezcla del encanto europeo con la barbarie autóctona americana. Después de haberle causado la muerte a varios trabajadores de Lengerke ocupados en la construcción de la vía y el puente a Barranca al seducirlos con los atractivos de su cuerpo desnudo, se encuentra sola en el bosque con el alemán pero él le conquista a ella fascinada por el pelo rojo irresistible del alemán. Elisenda promete volver a ver a su galán pelirrojo al día siguiente en el mismo claro del bosque pero cuando Lengerke regresa encuentra su cadáver porque el celoso caudillo yariguíe no podía soportar la traición de su cónyuge y quería dejar una amenaza gráfica del destino que les esperaba al alemán y a sus trabajadores si siguieran construyendo el camino y los puentes que cruzaban el territorio de los indígenas. En este momento el hijo del cacique Carlos y Elisenda le grita a Lengerke una advertencia que sirve de presagio para el futuro del empresario diciéndole: “_Carlos te dice que es tu enemigo, que no permitirá que abras el camino al gran río. Que la piel del tigre tiene muchas manchas pero el hombre no puede agregarle ninguna. Que las extensiones de la quina no serán tuyas, y que sufrirás_” (Gómez Valderrama, 156).

Se puede ver a claras luces que para Pedro Gómez Valderrama la literatura y la historia se complementaban en la elaboración de su única novela y en realidad, a lo largo de sus escritos este miembro de la Academia Colombiana de Historia no las distinguía y en parte prueba de ello

es que al ingresar a la Academia en 1986 su discurso de entrada se titulaba “La historia como novela y la novela como historia”. En ese mismo discurso el escritor santandereano declaró que había “una zona de penumbra entre ficción e historia, en la cual se cumple esa unión maravillosa [de ambas]”(Correa-Díaz, 20). En la sección final del último capítulo de *La otra raya del tigre*, que funciona como epílogo, el autor llama su obra “la novela heredada” y como un historiador profesional menciona una larga lista de historiadores, políticos y literatos que contribuyeron a la escritura del libro al decir “muchos me ayudaron a hacerlo; los primeros, el abuelo y el padre” (306). Entre sus fuentes informativas en la lista se destacan por igual escritores de ficciones e historias tales como Horacio Rodríguez Plata, el autor de *La inmigración alemana al Estado Soberano de Santander*, el novelista francés Henri Stendahl (1783-1842), el escritor español Baltasar Gracián (1601-1658), el poeta y novelista cubano José Lezama Lima (1910-1976), el refranero popular y su hijo Pedro Alejo Gómez Vila a quien cita por su observación de que “el acto pasado es destino”-una afirmación que habría aprobado seguramente el abuelo porque “traza precisamente la relación (y el camino) de abuelo a bisnieto” (307). En fin, si consideramos a Gómez Valderrama teórico de la ficción histórica, otro aporte singular suyo a la teoría y la praxis de la escritura histórica y ficticia se nota en la idea expresada en un ensayo de 1982 donde asevera que “indudablemente, uno de los procedimientos de autoexploración, es la búsqueda de la historia” (“Situación de la narrativa actual en Colombia”, 178). En su única novela, Pedro Gómez Valderrama emprendió una auténtica búsqueda ontológica en la cual historia y ficción no podían apartarse nunca ni siquiera en las oraciones finales de la obra cuando concluye diciendo “Bajo la noche primeriza me esperaba en el camino real la sombra del abuelo a caballo. Monté, y seguí a su lado; y empezamos así, el abuelo y yo, a contar el mito de Lengerke” (309).

Lista de referencias

- Correa-Díaz, L. (1999). El cuento histórico de Pedro Gómez Valderrama y su novela de amor a América. *Revista de Estudios Colombianos*, 19, 14-30.
- García Londoño, A. (1997). Los vacíos que deja la historia. *Boletín Cultural y Bibliográfico*. 34

(46). 2. Sacado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/bolet...>

Gómez Valderrama, P. (1982). Situación de la narrativa actual en Colombia. En *La literatura colombiana vista por escritores colombianos* (págs.. 173-178). Bogotá, Colombia: Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior.

Gómez Valderrama, P. (1983). *La otra raya del tigre*. Bogotá, Colombia: Editorial Oveja Negra.
[1977]

Hena Restrepo, D. (1999). Gómez Valderrama o la utopía liberal. *Revista de Estudios Literarios*. 5, 90-98. Sacado de http://dariohenaorestrepo.com/gomez_valderrama.htm

Ortiz, A. P. (2008). *Geo von Lengerke: Constructor de caminos*. Bucaramanga, Colombia: Universidad Industrial de Santander.

Vidal, M. (1999). Entrevista a Pedro Gómez Valderrama. *Entre Comillas*. Bogotá, Colombia: Planeta Colombiana Editorial.

Volkening, E. (1977). Geo von Lengerke o la anarquía tropical sobre una novela de Pedro Gómez Valderrama. *Eco*, 189, 308-326.